



Natalia Moreno Madonna no nació en Wisconsin



NATALIA MORENO

Madonna no nació en Wisconsin

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.^o 1.^a
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2026

© Natalia Moreno, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrific
Depósito legal: B 560-2026
ISBN: 979-13-88019-52-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A mis M. y J. A.,
que me dieron todo el amor, el alma y la lengua.
A mi A. con el que tejimos el nido.
A mi hijo,
que me dio el futuro.
Y a todas las mujeres que fuimos,
para que no olvidemos y sigamos siendo.*

Capítulo 1

Dos fantasmas me acompañaban desde hacía años. Mi padre, al que yo había decidido abrazar y ser leal desde el día de mi nacimiento hasta mi muerte, aunque esta fuera dolorosa, sanguinaria y me arrastrara por la mugre. Y la joven que yo había sido, que se agarraba con uñas y dientes al sofá de mi casa para que la mujer que hoy se estaba despertando no la asesinara definitivamente y la mandara al infierno con una carta de agradecimiento por habernos mantenido con vida.

Tenía cuarenta y seis años. Fumaba como una locomotora, bebía pocas veces pero si bebía era hasta caer de bruces. En general no me entendía muy bien a mí misma y siempre incumplía cualquier promesa que me hiciera.

Me llamaba Madonna. No, claro que no, me llamaba con un nombre de santa española, pero así había decidido bautizarme, para darme un pelín de cancha, glamour y ganas.

Mi marido y yo éramos dos tortugas hibernando, cada una en un archipiélago con su microclima propio. Muy majos, muy correctos pero reteniendo líquidos. Compartíamos la misma vivienda porque teníamos un hijo. Mauro dormía en esa cama de dos en la que solo descansaba uno, y yo fumaba.

No podía más de humos. No podía más de soledad. No podía seguir caminando y no entender el porqué de mi vida.

Entonces, un día, en una convención de mierda, vi a un tío de refilón y mi coño aletargado latió por dos segundos recordándome que aún me quedaba sangre en las venas.

Me pareció razón suficiente para pararlo todo, analizar qué me ocurría, mirar *padentro* de una vez y dejar el sainete eterno del vacío crónico. Parar. Parar antes de seguir deseando de re-filón, sin saberlo y sabiendo, la muerte.

Lo dinamité todo. Por los aires.

Me fui de mi hogar, claro, era lo más coherente y honesto aunque no lo entendiera ni yo.

Me mudé a la casa de una viejita de mi barrio que decidió irse a Guadalajara con los hijos y me vendió las ruinas de un gallinero. Lo compré con mis ahorros y un puñado de inconsciencia.

Pinté con mis manos la casucha y le lavé la cara todo lo que pude. Sin éxito. Sin ilusión. Pura supervivencia.

La decisión había sido impulsiva y, ahora que dormía en el suelo frío de una casa que era grieta, empezaba a sentir el sarténazo en los dientes y el reflujo de algo que se había resquebrajado dentro. Yo no había calculado nunca que, en mi acto de ruptura y rebeldía, era yo la que se iba a resquebrajar. Pensaba que lo harían las cosas, y que se reorganizaría el caos, como pasa en el universo entero. Pero esta ola era más profunda de lo que había sospechado y estaba moviendo la arena de un fondo embarrado que había permanecido en calma durante años. Yo ya no quería ser más un suelo de lodo enfadado y repleto de cadáveres.

La casa-gallinero que me había comprado tenía un metro de tierra y un árbol comido por la carcoma. Daba igual, yo amaba tener un árbol. Planté semillas que nunca llegarían a darme sombra. Lloré litros sobre las semillas, y sobre los rincones, y las estanterías, a ver si me licuaba entera y mi pellejo se llenaba de otra más fuerte y nueva que supiera vivir. Me duché con una manguera fría, muchas veces, para volver a la realidad y dejar de hacer círculos en la nebulosa de mi dolor, que me tenía a quince minutos de la camisa de fuerza.

Yo no quería estar así pero estaba, estaba en esas, y ya no me quedaban disfraces para fingir. Fin de la farsa.

Me salieron patillas blancas. Quemé las cartas de amor del pasado.

Atesoré las diapositivas antiguas de mi mente, y llegué a la conclusión de que ya no tenía espacio para nuevas memorias. No quería tirar ni un solo recuerdo de las pocas cosas bonitas que había vivido, quería quedarme con ellos pegados al centro de lo que yo fuera, como sostén y guía.

Al anochecer, gastaba mis dedos en pajas que siempre acababan en llanto y en una necesidad enorme de ser abrazada.

Y, sobre todo, sobre todo, fumaba. Fumé hasta ahogarme viva.

Se volvió a instalar en mi interior el silencio de la infancia, y salió a la superficie en forma de tics hechos de todas las carencias de años sin abrazos, ni risas, ni hostias. Solo lijas de diferentes gramajes.

Tenía que sacarme del boquete, sola, como siempre había hecho.

Mi padre tenía setenta años y enfisema pulmonar. Yo le había desgastado la oreja en muchas ocasiones. Sí o sí, él tenía que dejar de fumar. Había llegado al mercado una pastilla azul que tomabas durante veintiún días y te liberaba de la adicción a la nicotina. Compramos el medicamento a la vez, para atravesar el desierto juntos, mandándonos wasaps.

Mi padre no era el más hablador, y ni de lejos se iba a sentar frente a mí para que sanáramos juntos las heridas o le diéramos lugar al pasado hablando del humo que usábamos para tapar silencios. Nos mandábamos emoticonos. En un despiste, me decía que su mandarino iba viento en popa y, entre dientes, que extrañaba a mi hijo.

Creo que me distraje con alguna mosca nueva.

A los veintiún días, mi padre me llamó por teléfono y me dijo que lo había logrado.

Había dejado de fumar.

Yo estaba pintando los muros de la casagallinero en la que vivía porque ya no podía dar marcha atrás a la guerra de misi-

les que yo misma me había montado. Mauro se había llevado a mi hijo a Eurodisney y añoraba cómo era viajar los tres juntos. Ya no me podía sentir más gusano, con más grietas, más reven-tada, más absurda.

Le colgué a mi padre porque, por primera vez, me faltó el aire. Me ahogaba de verdad.

Mi padre ya no fumaba. Ya no fumaba.

Nunca más.

Ni un cigarro más.

Sin el más mínimo esfuerzo, sin reflexiones, sin la necesidad de asesinar al que había sido y volver a parirse a sí mismo como un nuevo avatar, solo por un segundo. Vamos, que no se había cortado ni las uñas de los pies, el muy hijo de la gran puta. Y lo había logrado.

Mi padre, el adicto, había dejado de fumar.

Mecagoentodoslosdioses.

Colgué el teléfono. Me encendí un cigarro temblando y me eché a llorar desconsolada, ahí, entre latas de pintura, a ver si se derramaba el disolvente y me prendía fuego ya *pa* siempre y desaparecía carbonizada.

No entendía nada, pero sospechaba que lloraba por dos razones. La primera, de profunda felicidad que me generaba que mi padre lo hubiera logrado. Y la segunda, de pura orfandad.

¿Cómo podías dejarme sola en esta?

Yo te había acompañado como una fiel escudera en todos los vertederos que habías decidido cruzar a lo largo de tu vida. Yo le había gritado al mundo con un megáfono: «Mi papá no es un borracho que huele a antorcha. Si no, mírame a mí, cómo bebo y fumo tan pancha, somos supermajos y normales».

Estaba solísima y sentada sobre las ruinas de mi propia vida, que en el pasado había sido el Imperio romano. Ahora era el *Titanic*. Estaba a las puertas de un manicomio.

Fumé y lloré profundamente. Ambas cosas. Todo el día.

Lloré por todas las veces que no me permití llorar cuando era una niña.

Por aquella vez en que rodaste por las escaleras y te revestaste la mano, sangrando cual cerdo, y yo me tragué el susto, me lo metí en el culo, y te agarré del brazo como si nada, mientras los vecinos nos miraban como si hubiéramos aparcado el ovni en la puerta.

Lloré por cada noche en que hiciste eses hasta casa y yo fingí que bailábamos juntos. Por cada vez que te quedaste tirado en el sofá y te arrastré a la cama o te arropé en el salón, aunque al día siguiente me desintegrara de sueño en las monjas. Lloré por cada hostia que se te resbaló contra mí sin darte cuenta de que era yo quien te las sostenía.

Lloré también, y con amargura, por todas las veces que no me viste. Que no me sentiste.

Que no pudiste ayudarme aunque estuviera de mierda hasta las orejas, papá.

Tenía nueve años. Nueve.

Joder.

Y seguí llorando hasta que anocheció, por todos los hombres a los que había amado y perdonado, a pesar de que nunca me prestaron la chaqueta si hacía frío ni me miraron al fondo del ojo para ver ese pantano.

Y lloré por todo lo que no lloré el día que parí sola a mi hijo, porque Mauro estaba de viaje.

Lloré por el día que salí del hospital con el bebé en brazos y fue mi madre quien me ayudó con los puntos de la cesárea. Lloré por el miedo. Por la soledad espesa y muda que me trataba entera mientras miraba a mi hijo, la cosa más bonita del mundo, y sentía que todo lo que yo había sido no alcanzaba, no servía, no podía ser suficiente para que él se sintiera amado y protegido por su madre.

Toda mi vida había estado más sola que la luna y lo veía ahorita, así, de golpe, como en una epifanía que me llevaba directa al sufrimiento y a la maldición pero que no podía ya dejar de mirar.

Tenía cuarenta y seis años, mucho miedo, y una soledad que asustaba.

Por eso, cuando te vi a TI, todo fue diferente, me valías para salir de cualquier cueva.

El día que te conocí, en un milisegundo, supe que por ti podría cambiar. Ese día entendí a las madres de mi pueblo y por qué se apuntaban a ballet. Ballet, en un pueblo sin salas de baile, ni un solo Fred Astaire a la redonda. Lo hacían para creer en algo que las sacara de su cotidianidad dolorosísima. Aunque fuera una utopía y un engaño pagado con sus ahorros.

Yo necesitaba algo, y tú pasabas por ahí, sin más.

Si yo era una mejor versión de mí, tú me elegirías a mí. Si yo creía que tú me podías elegir a mí, podría imaginar algo diferente que aplacara un dolor tan antiguo que me cubría como una manta y no me dejaba ver.

Tú eras mis clases de ballet. Mi billete a una mujer más grande. La cuerda que me sacaría de todos mis barrancos para que pudiera seguir caminando en un suelo acolchado de césped.

O eso creía yo.

Capítulo 2

A los once años, por primera vez en mi vida, me llené los pulmones de humo de petróleo para hacerme carne. Lo hice para que una panda de muchachos granudos supiera que existía y quizás, con suerte, me tocaran las tetas en el *descampao* por la tarde. Había nacido en los setenta, en un pueblo español, y casi toda mi infancia había llovido.

Wisconsin olía a meaos y, por desgracia, yo vivía en pleno Wisconsin. Me autobauticé Madonna. Era la época del *Like a Virgin*, nadie en su sano juicio hubiera preferido llamarse como una santa española antes que Madonna. Bueno yo quería ser Madonna, así que no pregunté.

Mi pueblo era un pueblo marchito que aspiraba a ciudad. Uno de esos en los que en invierno las madres rascaban el hielo de la luna con el casete de Julio Iglesias, y en verano no podías bañarte hasta hacer la digestión o caías seca como un gorrión.

Wisconsin eran cinco casuchas con toldos de rayas azules Benidorm, pero sin playa. Una catetada repleta de catetos con coche bueno traído de Alemania y botas de caza llenas de barro. Un cine al que íbamos a desvirgarnos. Un marica localizado y perseguido. Un restaurante chino en el que empiparse y ser racista. Un frontón *pa* fumar porros y ser sobada. Un santo en agosto que olía a albahaca. Un señor que lo mismo era acomodador del cine que Baltasar pintado con un carbón cuando la palabra «*blackwashing*» ni soñaba con existir. Y lo más sofisticado, un club de tenis clasista sin clase.

En mi pueblo, mucha gente tenía miedo, yo no sé muy bien por qué, pero se sentía, se olía en los alientos y se escuchaba en los patios. En mi edificio, casi todos los padres tenían miedo. Mucho más las madres, claro, pero ellas no lo tapaban tragando alcohol.

Cada cierto tiempo, en el portal, junto a la garita del Paco, el portero tartaja, ponían una mesita con flores y la foto de uno de los padres. Pero eso solo era cuando el padre la palmaba. Si no se morían, los padres hacían que, en mitad de la noche, las madres salieran con los hijos de la mano, en pijama y llorando, corriendo por el garaje hacia la casa de las otras madres vecinas que les abrían la puerta sin hacer ruido.

Vivíamos en cinco bloques de casas feas que formaban una avenida, y bajo todos los bloques había un garaje tan grande como un campo de fútbol.

Yo pensaba que era normal que en los garajes hubiera madres con los pelos rotos, llorando ahogadas, escondidas detrás de un Seat Panda, con los hijos mirándolas como quien contempla una aparición de la Virgen de Lourdes.

Un día, el portero, Paco el tartaja, se enfadó de más con un padre borracho que estaba dando por culo en el portal y lo llevó al garaje. La cosa debió de ponerse tensa, y Paco subió a su casa a por el cuchillo jamonero y le abrió un bolsillo en el vientre al padre gritón. Mi madre me contó que al gritón se le cayeron los intestinos por el suelo del garaje y él mismo se los recogió, como en un paquete, se los metió *pa* dentro y tiró *pal* ascensor.

En los garajes de mi pueblo había una buena juerga montada. Los padres escondían el whisky en el capó del coche, debajo de las colchonetas de la playa que se quedaban ahí esperándonos para ir a Salou en agosto. Los padres bajaban al garaje con cualquier excusa y las madres no preguntaban y subían la radio, para que tampoco preguntáramos los hijos.

Yo recuerdo que mi padre me sentaba en el asiento de atrás del coche, me daba un caramelo de violeta de Madrid de los que estaban en la guantera y ponía los chistes de Eugenio. Pobretico, pensaba que protegía mi infancia.

Yo escuchaba perfectamente cuándo caía el líquido contra su garganta y cómo mi padre tragaba.

Todo olía a violeta y a tasca.

Para hacer como que no lo veía y que al pobre hombre no le diera vergüenza, aprendí a disimular. Hacía todo tipo de papiroflexias con las publicidades que dejaban en el ascensor y que yo recogía como si fueran un tesoro. Doblaba y plegaba papel hasta que mi padre acababa, y rezaba para no tropezarme al salir del coche con un trozo de intestino del padre gritón y para no ver a una madre tirada llorando, o quizá muerta detrás de una Vespa.

Aprendí a plegar una nave espacial y con los dedos dibujaba en el vaho de la luna un nuevo planeta y volaba lejos, muy lejos de ese coche maloliente.

Mi padre se bebía hasta los charcos para apagar el fuego que lo abrasaba. Y mi madre... Uf, mi madre.

Las madres de Wisconsin eran karatecas con nódulos en la garganta y se veían los miércoles en ballet.

Las madres eran jovencísimas, pobreticas las madres. Manejaban hijos y hogares sin capitán ni grumete, a la deriva y con los dientes apretados. Curraban, criaban y sentían a escondidas, si es que se acordaban de sentir. Doy por hecho que pocas veces durmieron ocho horas o las lamieron como Dios manda. Ni siquiera sé si tuvieron orgasmos con sonidos. Yo las escuché muchas veces gritar, de muchas formas, pero nunca de placer. A las madres más que el comer les hacían falta unos brazos donde llorar en cucharita sin dar explicaciones. Y se les notaba en la mirada, en el estar, en esa cosa que tenían de respirar sin soltar el aire del todo, para que nada se rompiera y poder defender a los padres o defenderse de ellos.

Todo eran verdades a medias en mi pueblo o mentiras tan grandes como un elefante tirando agua por la trompa, que a todos mojaba y ante el que nadie abría el paraguas.

Una Navidad tocó la lotería en una casita de bombillas que se veía desde la carretera. Me encantaba la casita y fantaseaba con que fuera mía y decorarla. Al parecer, dijeron los mayores

que era una casita llena de mujeres de las que no iban a ballet porque dormían todo el día, las muy cerdas.

Vamos, de esas mujeres que no iban ni a ballet ni a la vuelta de la esquina. Y nadie, nadie del pueblo se atrevió a ir a cobrar la lotería que había tocado en la casita de mujeres vagas. Yo deseaba con todas mis fuerzas que esas señoritas putas se hubieran quedado con el fajo de pasta, se hubieran largado a una playa paradisiaca y vivieran en una comuna de tías forradas. Me parecía poesía pura imaginarlas de risas, brindando con un cóctel de mango fresco, no con el ron barato de marca blanca del Consum, y con los pelos de las ingles kilométricos, sin cortarse nada, como si el hecho de que nadie quisiera reconocer que las conocía las hubiera liberado de la condena de ser conocidas.

En mi pueblo, las niñas íbamos a las monjas; los niños, a los curas, y los pobres, huérfanos y gitanos, a la pública. Los moros aún no habían descubierto las pateras, y chinos solo eran los del restaurante, que a los seis años ya trabajaban.

«La pública» estaba también al otro lado de la carretera, como la casa de las putas, y yo no me atrevía ni a mirarla. Acerarme hubiera sido como abrazar explosivos. Solo de pensarla me daban ganas reales de vomitar y mucho miedo ahí donde empieza el estómago, así que crecí creyendo que los de la pública eran criminales, asesinos peligrosos, como las putas, a las que no había que visitar ni aunque te tocara la lotería.

Años después me enamoré platónicamente de mi primer C. Era de «la pública». Encorvado, de pelo largo, caminaba sobre muelles y llevaba chupa. Precioso todo él. Y quizá mudo.

Le pedí a mi madre un justificante falso para poder salir al mediodía del comedor de las monjas, porque yo iba a las monjas. Corría durante veinte minutos por las calles hasta llegar al escaparate de una zapatería de niños, porque por delante de la zapatería pasaba mi C. para ir al instituto. Y yo disimulaba el jaleo de haber corrido hasta él y me hacía la mayor para verlo y que me viera, claro. Todos los días. Y él solo me decía «Ey», todos los días. Y yo lo amaba sin condiciones, todos los días.

Amaba su «Ey», que para mí eran versos de Lorca que contenían el universo y los aromas y sabores del planeta entero. Amaba su «Ey» de tipo tímido, complejo y probablemente mudo.

Hasta que un día lo vi comiéndole la boca a una con culo de pony, pelo de pony y pezuñas J'Hayber de pony. Y entonces me giré y miré mi reflejo en el escaparate sobre el que había apoyado el ojete todas las tardes, y reconocí, al verme, que estaba a tomar por culo de ser una pony. Yo era más un gato mojado. Y me fijé por primera vez en lo que había en el escaparate, y me conté a mí misma que ya me sabía de memoria cada botón y cordón de los zapaticos de Kekos zapaticos, y me conté que la cosa era aburrida y que no volvería nunca más, e hice como si no me rozara y como si hubiera tomado la decisión bien consciente de olvidar a mi C., que se había ido con una pony, e hice como si todos esos meses, quizá años, mi corazón hubiera estado borracho como todos los padres del pueblo que se creía ciudad, y que no había ido a verle sino que había tropezado.

Y ahí mismo, sin lágrimas ni alborotos, entendí de golpe, sin terapia ni una mano amiga, que meterme los sentimientos en el estómago iba a ser una constante, y que los de la pública no eran asesinos, sino solo tímidos y medio imbéciles, que no sabían distinguir el chóped del jabugo, ni a un pony de un corcel. Ahí entendí que era mejor tirar *palante* y cerrar el pico. Más tarde, en la adolescencia, descubrí que los de la pública eran también los que mejor hacían dedos y los que siempre llevaban porros. Pero eso ya fue más tarde.

En mi clase había cuarenta tías, todas con bata de minirrayas azules, piojos y pocos dientes. La mayoría llevábamos almuerzos malos, menos Lu, que lo llevaba en un saquillo de la misma tela de la bata y con su nombre bordado. Se lo había hecho la que limpiaba en su casa, el saquillo y el almuerzo: dos rebanadas con Tulipán y una onza de chocolate dentro. En mi casa limpiaba mi madre, y rara vez le dio tiempo de prepararme el almuerzo. Como para mandangas de saquillos estábamos en mi casa.

Las monjas nos echaban a patadas del colegio, y nosotras a la salida teníamos costumbres bien arraigadas. Hacíamos una especie de túnel con las carteras en alto y las tirábamos desde arriba a las cabezas de las pringadas.

Nos poníamos en dos filas, unas frente a otras y las hacíamos pasar por el centro y bajo nuestros brazos elevados. Lo hacíamos muy bien, lo habíamos visto desde bebés en el baile regional de nuestro pueblo, pero nosotras, en las manos, en vez de tener palos como los danzantes, teníamos las carteras en alto. Así, con toda la crueldad, a diario, sin pestañear y sin que se nos moviera el flequillo, se las tirábamos a las pringadas a la cabeza. Ellas ni lloraban.

No sé bien de dónde brotaba tanta ira. Las monjas se pasaban la mañana hablándonos de Dios y del cielo. También nos hablaban de la cárcel para las déspotas y frescas. Nos cortaban las salchichas en el comedor para que no imagináramos terrores carnales y movidas con Satán. Nos sentaban a bordar frases de amenaza del tipo: «El que a hierro mata, a hierro muere» o «Quien siembra vientos, cosecha tempestades» durante tres meses, cruz a cruz, sobre un pañito que olía a armario cerrado de vieja, mientras nos hablaban del hogar, la maternidad y el futuro. ¿Qué sabían esas del futuro?

Yo recuerdo aquellos días con verdadera repulsión. Si hubiera tenido el don, de mi boca habrían brotado rimas alejandrinas, ya que la palabra en prosa se quedaba corta para nombrar el hastío que sentía. Y supongo que por eso elegíamos el silencio en las casas y los carterazos en la calle.

Eso sí, había varios días al año que le daban sentido a todos los demás: los días de lluvia.

En mi colegio, al fondo de un patio de tierra, había un tejadillo de uralita sobre unas vigas de nave industrial. Todo en metal gris y ladrillo gris. El mismo montaje que tenía mi abuelo para las gallinas, pero mi abuelo lo llamaba «la pocilga», y en mi cole alguna osada lo había nombrado «los porches». Era la misma mierda.

Mi amiga la Inma y yo ya veníamos preparadas desde casa. Les robábamos a las madres el champú. El champú de todas las madres, que olía a todas las madres y usaban todas las madres. Champú de bote blanco, de litro, que lo mismo servía para el cuerpo, para el coche si potabas, que para los perros adoptados.

Y en los regueros de agua que caía de la uralita montábamos negocios la Inma y yo. Por el mismo precio, te poníamos debajo de la gotera y te lavábamos el pelo en una peluquería, o te servíamos un chupito de agua de uralita en el tapón del champú de las madres.

La Inma y yo nos remangábamos la bata y les lavábamos el pelo a las otras sin importarnos un comino chipiarnos hasta los dientes, y a veces brindábamos con chupitos de barro, que para eso currábamos.

Hasta que sonaba el timbre, y como podíamos, les quitábamos la espuma de los pelos a las clientas y corríamos todas hacia las clases.

Bueno, todas menos la ciega, que se quedaba dando vueltas con los brazos estirados en medio del patio bajo la lluvia.

Nos encantaba sacar a la ciega al recreo como buenas cristianas. La sacábamos del bracete, a pesar de que escupía el Bollicao y nos daban arcadas, pero como no nos veía, le importaba un huevo y seguía dándonos la chapa y lanzando proyectiles de miga babeada. Y nosotras lo soportábamos porque nos encantaba su perro enano cachorro, que era medio majo y suave. Hasta que creció y le salieron los dientes de abajo más *palante* y solo quería montarnos la pantorrilla y nos arañaba. Y la ciega, en sus intentos de quitárnoslo de encima, daba patadas jodidas con unos zapatos duros de ciega que le habían puesto *pa* no caerse.

Así que cuando sonaba el timbre, se nos olvidaba la misericordia, el cristianismo, el perro y su madre, y sálvese quien pueda, que la vida ya era bastante áspera y las monjas castigaban si llegabas tarde.

Años después, en un cine, vi una peli sobre un campo de concentración en Auschwitz y el timbre que recogía a los judíos me llevó directa al colegio.

Y me acordé de las tormentas y de todas mis compañeras en bragas con olor a champú de madre, tendiendo sobre el metal del calefactor los calcetines que humeaban como sepías en una plancha coreana. Sentadas apretando las pipas al calor del hierro, retorciéndonos de gusto.

Y me acordé de la monja en medio del temporal con la cofia al viento salvando a la ciega como si fuera Batman en el patio, y del perrete perdido al que tampoco veía nadie, y de la Inma, a la que se le empañaban las gafas y se reía con casi todo, y de nuestra peluquería en los porches, y de la Virgen de la capilla, que era muy guapa y rubia, pero una serpiente la devoraba por los pies, y del padre que nos daba las clases de sexualidad, en las que nos explicaba que olíamos a regla y que los tíos saldrían corriendo, y de mis amigas, aterradas, ayudándome a meterme un tampax para no oler a coño sin saber si aquel agujero tenía fin o era un saco sin fondo, y otra vez el padre de las clases de sexualidad, al que años después detuvieron por pedrastia y que nos enseñaba cómo debían sentir nuestros cuerpos de niñas y cómo evitar que los tíos nos dejaran tiradas, y del pánico general, y de todas en bragas, y de los calcetines y las pipas a la plancha, y del miedo. Me acordé mucho del miedo.

Se estaba acercando el verano. Mi padre y mi madre tejían su propio océano en el que navegaban a la deriva en una colchoneta hinchable de publicidad de JB. Mi hermano era pequeño y seguía con sus tocs y su timidez preciosa.

Tenía unos tocs divertidísimos que hacían que cruzara los pasos de cebra solo pisando lo blanco, que aplaudiera al aire siempre en impar y que, si le rozabas una oreja, tuviera que rogarle que le tocaras la otra en el mismo sitio y con la misma intensidad, porque si te pasabas de intensidad al rozarle la oreja, le debías toques –el flojo y el fuerte– en la otra oreja.

Nadie hablaba mucho en mi casa así que me leí toda la biblioteca que les regalaron a mis padres en la boda para decorar las estanterías. Clásicos españoles, todos. También los libros de anatomía que nos dejó un tío médico muerto, junto con un cráneo de niño al que casi no le quedaban dientes porque se caía contra el suelo cada vez que sacaba un libro. Y algunos sobre la llegada de los ovnis al planeta Tierra. A los once años ya sabía qué día aterrizarían los de Ganímedes según J. J. Benítez, robar como el Lazarillo, cambiar una bujía y bloquear la boca de un baboso con epilepsia.

Prefería caer en el triángulo de las Bermudas que vivir en ese pueblo de mierda e ir a las monjas. Rezaba en la capilla para que me abdujeran los *etés*, o para tener una muerte súbita como el crío de la panadería, que se murió de golpe el muy suertudo.

Ya eran los días en los que solo se iba por la mañana al colegio. Salimos de clase, golpeamos con la cartera a Rosa, y con la Inma y dos más nos íbamos detrás del tanatorio, donde quedaban los del colegio de curas a fumar.

Los tíos.

Los tíos fumaban Bisonte, se movían como bisontes y lo mejor de todo, olían a Bisonte.

Yo odiaba el olor a Bisonte de los tíos, pero a mi cuerpo lo encendía como a una antorcha.

Unos meses antes había acompañado a mi madre a una peluquería moderna para ser de pueblo. Un pobre peluquero italiano había caído en este último culo del mundo y se creía Llongueras, que estaba muy de moda entonces en España. El peluquero italiano también olía a Bisonte y las madres empezaron a oler a otro champú diferente al champú de siempre de las madres y a ir muy bien peinadas.

Mi madre se parecía a la Bellucci y olía a mi madre. La mujer del peluquero italiano llevaba un flequillo de otro mundo y hombrecitas gigantescas. Yo deseaba con furia ser una mezcla de ellas dos, de mi madre Bellucci, y de la moderna del flequillo, que era italiana de verdad, pero no tan guapa como mi madre.

Pedí el deseo, miré a esas dos mujeres, mi cuerpo olió el Bisonte del sobaco del peluquero y mi boca soltó sin decisión: «¿Me puedes cortar flequillo, Giovanni?».

¿Flequillo? ¿A santo de qué?

Y mi madre, que siempre había sido muy larga, debió de verme las orejas coloradas y los chapones de las mejillas del calor que llevaba encima, y dijo:

—Sí, sí, que le corten flequillo, pero en el pato.

Y Giovanni me cortó el flequillo subida en una silla con forma de pato. Una silla de bebé con un pato deformé en la que me senté sin rechistar y de la que me colgaban las patas de preadolescente que casi rozaban el suelo.

En aquel corte de pelo, que para mí era la ceremonia de bienvenida a la mujer que deseaba ser, me perdí. De cintura para abajo me quedé helada en un pato de bebé, y hacia arriba oli y deseé por primera vez un bisonte y su testosterona. Así me pegué algunos años: medio pato, medio salida.

Esa tarde de casi verano, todo olía a bisonte detrás del tanatorio, pero los chicos de mi edad no querían mirarme a mí. Era muy bajita, delgada, sin tetas, con rasgos de Pocahontas y flequillo de vasca por culpa de Giovanni.

Se me venía encima un verano viendo a mis amigas darse lengüetazos en la piscina mientras yo les aguantaba la toalla y las chanclas.

Así que di un paso al frente. Si no me podían ver como a una chica, por lo menos me verían como uno de los suyos, pero me verían. Si no podía ser una poni, como a la que besaba mi C., me movería como un bisonte con mi cuerpo falto de atributos de poni.

Ya no recuerdo cómo era el muchacho que me regaló el primer cigarro, tampoco recuerdo si me dieron la bienvenida o pasaron de mi culo. Lo que sí recuerdo fue la potada que eché a escondidas en la puerta del tanatorio, las lágrimas que me recorrieron la cara y el asco que me di a mí misma por ser tan mediocre. Esa fue una de tantas veces que me lo di. Esa fue la primera vez que respiré humo, para ellos, para pertenecer, para existir.